

forma la cabeza del Barka y ofrece en diversos sitios espacios de tierra ligera, pero bastante movable, donde los bogos hacen su sementera. Tiene tambien la ventaja este paraje de poseer algunos manantiales como el de Goaga y el de Donkolahas; asi que en todo tiempo se ven en él campamentos de pastores.



Dolmen de Lalamba.

porque aun estábamos en las tierras bajas, aunque á 1,000 metros sobre el nivel del mar, 400 mas alto que Khassala. Por eso en la llanura del Barka que, vista desde alto, parece tersa y unida como el mar, subíamos en cada jornada 50 metros por término medio. A las dos, habiendo refrescado un poco el tiempo, comenzamos á subir la meseta de los Bogos por un camino escalonado que parte del Goaga y termina al pie del monte Fellostok al través de confusos agrupamientos de peñascos y árboles espinosos.

Hicimos alto en Djanfa, primer descanso que se presenta y donde encontramos á nuestra derecha un manantial que ha bautizado la tradicion con el nombre de pozos de Barea. Dicese que estos negros han precedido á los actuales habitantes en la posesion del Sennaheit. Y es que por aquí todo vestigio de anti-

Detúveme para el descanso del medio dia en Goaga, modesta fuentecilla que en la época de las grandes lluvias corre con bastante ruido, si hemos de aceptar la significacion de su nombre.

En este estrecho, limitado por ambos lados por montes casi perpendiculares, el calor era sofocante,

güedad se atribuye á los bareas, como en Francia á César, en Valaquia á Trajano y en Turquía á los genoveses.

Aun no eran las cuatro de la tarde, cuando daba vuelta al pie de una soberbia montaña, llamada Zevan ó Zebhan, que se eleva en pintoresco é imponente aislamiento. El frio, resultado natural de una ascension de 500 metros, comenzaba á impresionarme, pero tuve el gusto de ver desenvolverse ante mis ojos las doscientas cabañas de paja del gran pueblo de Keren, residencia del padre Stella, y término momentáneo de mi viaje. Algunos hermosos muchachos de morena tez, aire resuelto y un tanto salvaje, vinieron silenciosamente á besarnos la mano que llevaban luego á su frente, partiendo despues á la carrera para anunciar nuestra llegada al pueblo. A los

diez minutos, toda la poblacion masculina bullia á nuestro alrededor dándonos la bienvenida, disparáronse en nuestro honor los pocos fusiles que poseia el comun, y las mujeres gritaban alegremente con esa exclamacion tan comun en toda el Africa del Norte (el *zararit*). Yo gozaba esa espontánea *fantasia*, que probaba la merecida popularidad del padre Stella en aquella rústica é interesante comarca.

## XI.

Los bogos.—Leyendas.—Guevra Terké.—Estado actual.—Costumbres particulares.—Precio de la sangre.—Cristianismo.—El padre Stella.—Su historia.—Su apostolado.

Los bogos ó mogos, cuya capital es Keren, no habitan el Sennaheit mas de cuatro siglos. Proceden del fondo del Larta, provincia montañosa de la Abi-



Jefes de los kalau.

sinia central, y pertenecen á la raza montañesa y belicosa de los agó, que son los autóctonos de la Abisinia. Su padre, Guevra Terqué, tuvo la desgracia de matar á su hermano ó á uno de sus parientes mas próximos, y por evitar la venganza hubo de emigrar á toda prisa con sus dos hijos Leguina y Korsokor. Sobre esta fuga hay otra leyenda que tiene cierto carácter bíblico y que ha sido evidentemente compuesta de reminiscencias de las historias de Jacob y de Josef. Segun esta leyenda, Guevra Terké, que era jóven, bravo y bello tuvo la desdicha de enamorarse, sin poner nada de su parte, á una jóven favorita de su anciano padre, y el casto Terké, alejándose de este peligro con la dignidad de Hipólito, hizo de la bella esclava su mas mortal enemiga. El padre era ciego y Terké velludo; y aprovechándose ella de estas circunstancias, le jugó al esquivo galan la misma partida que Rebeca á Esau, á propósito de la bendicion paternal. Terké, desheredado asi en provecho de su hermano menor, emigró sin reclamar.

Actualmente los bogos que se llaman á sí mismos

bilen y hablan un dialecto de la lengua agó, cuentan unas diez y ocho mil almas repartidas en diez y siete pueblecillos diseminados á las orillas del rio Ainsaba. Están divididos en dos fracciones que sacan sus nombres de los dos hijos de Guevra, los Ad-Seguina al Noreste y los Ab-Korsokor al Oeste. Agrícola y pastor á la vez, este pueblo cultiva, aunque poco, su terreno, que á pesar de la bella apariencia de su llanura, es bastante árido por falta de agua; pero baja á las planicies de Beugu, de Haggatz y de Inchimak y siembra en ellas *durra*. En tiempo de escasez, vende sus vacas y compra grano en el Barca ó en la Abisinia. Su verdadera riqueza y su orgullo es el ganado. En la estincion de las fortunas, la unidad corriente en el Sennaheit es el mokta, ó ganado de cincuenta vacas. Dos moktas constituyen lo que llamamos nosotros un honrado bienestar. Cuatro moktas son ya una gran fortuna.

La organizacion aristocrática de los chumaglié existe entre los bogos lo mismo que en el Sannaheit. Nada de particular hay que añadir. El derecho de



primogenitura que es la consecuencia natural de esto, está también aquí en vigor. Cuando un chumaglié muere, su hijo mayor hereda el mueblaje, la espada patrimonial, las vacas blancas del ganado, los esclavos y en ciertos casos la viuda. Esta costumbre, chocante tratándose de un pueblo cristiano, merece ser explicada. Cuando muere un casado, sus parientes y aun los hijos de otro lecho, tienen el derecho y hasta cierto punto el deber, de casarse con la viuda; lo que no parece irregular aquí á nadie, sino que al contrario parece entre los bogos cristianos como entre los beni-amer musulmanes, un acto de protección caballeresca y una manera de honrar la memoria del difunto. En cuanto á los otros hijos, el mayor les debe una parte de la herencia, suficiente para vivir. Por una disposición especial y que envuelve por cierto delicadeza notable, el hijo menor hereda la casa paterna. Parece que la ley lo supone siempre el más digno de amar y conservar á la vez la memoria de su padre y el hogar que es su signo material.

Las hijas no tienen derecho á nada; verdad es que casi todas se casan muy jóvenes. Generalmente son de una belleza fina y delicada y un tanto ariscas: nada iguala al esplendor de sus ojos grandes y negros, templado por su tez de bronce florentino. Mr. Plowden, cónsul de Inglaterra en Gondar, que vivió doce años lo menos en Abisinia y que se había hecho el caballero de la belleza de sus mujeres, hasta el punto de poner á las jóvenes de Gongar al nivel de las más lindas *misses* de Londres, hizo notar con razón en mi sentir, que los rasgados ojos negros de las africanas que en rostro europeo harían un contraste duro con la blancura pálida ó rosada de la tez, toman un encanto singular en el fondo cobrizo que los rodea y los *estingue* en cierto modo.

La mujer entre los bogos no tiene derechos sociales; y sin embargo, por una triste inconsecuencia, pesan sobre ella graves responsabilidades. Yo he conocido una honrada familia de Keren, cuyo jefe había muerto lleno de deudas. Sus acreedores tomaron por prenda á sus hijas, dos niñas, y las vendieron como esclavas. La mayor tuvo la suerte de agradar á un hombre influyente del país, quien, para hacerla su esposa, la rescató pagando por ella á su poseedor 24 talaris (¡126 francos!)

Una costumbre que no es exclusiva del Sennaheit es el famoso *precio de sangre*, el cual existe en todo pueblo que no ha sabido elevarse á la idea del Estado, protector y garante de la sociedad pública. Este derecho de sangre, que presenta la solidaridad de familia y de tribu en materia criminal, se llama *da* entre los árabes y *dem* entre los bogos. Entre estos últimos se reconocía también la *media sangre*. La sangre se debe siempre que ha habido homicidio vo-

luntario, sea cualquiera la víctima, asimilándose á él la seducción y en algunos casos la ruptura de los esponsales. La *media sangre* se exige por toda herida que haya hecho correr sangre ó ocasionado una lesión grave, ó por un accidente mortal sin premeditación. El marido que mata á su mujer no debe dar cuenta de los motivos á nadie; solo, sí, á su suegro *media sangre*.

La sangre de un chumaglié se estima en ciento treinta y dos vacas, mas una mula y una estera: la de un tigreño en noventa y tres vacas, cuya tercera parte pertenece á su señor.

Los bogos se dicen cristianos por tradición hereditaria; pero en 1854 no tenían iglesias ni sacerdotes, cuando una casualidad providencial condujo allá á un misionero piemontés, el padre Juan Stella, que no teniendo vocación á las misiones del interior de la Abisinia, vino á fijarse cerca de Keren y comprendió que había allí un terreno casi vírgen donde emplear sus eminentes cualidades. Difiriendo en esto de ciertos misioneros más celosos que inteligentes, el padre Stella remitió á tiempos más dichosos la enseñanza del dogma y se aplicó á hacer á los bogos más aptos por la moralización á comprender las abstracciones del cristianismo. Empezó conciliando las querellas y las *sangres* que mediaban entre las tribus y los pueblos; desavenencias fatales que diezmaban las poblaciones sujetas ya á tantos azares; obtuvo poco á poco de los bogos el abandono de los merodeos á que eran asaz propensos; penetró en el interior de las familias, enseñó á aquellos orgullosos montañeses á respetar más los vínculos del matrimonio, la vida y la propiedad ajenas, y á ceder con menos frecuencia á las sugerencias violentas de un pundonor loable en su principio, reprochable en muchas de sus aplicaciones. Un año ó dos pasó el buen misionero predicando en desierto; pero un señalado servicio que tuvo ocasión de prestarles y de que hablaré después, les inspiró confianza y en pocos años vino á ser el dictador moral y el juez anfictionico de los diez y siete pueblos *Bilen* y de diez caseríos más de las tribus vecinas.

Esta especie de dictadura conquistada á fuerza de abnegación inquietó al nego, señor nominal del feudo de Sennaheit, y quiso ver de cerca á *abuna Iohannes* (nuestro padre Juan, nombre familiar del Mr. Stella) el renovador de la edad de oro en la frontera del Norte, y lo llamó en términos muy benévolos á su residencia de Debra-Tabor. Mr. Stella contestó muy cortesmente á los enviados del nego, ganó tiempo y cuando fue absolutamente preciso tomar un partido se fué aceleradamente á Massaúa.

Que Sa Majesté me dispense:  
Grand merci de son passeport.  
Je le crois bon: mais dans cet autre

Je vois fort bien comment l'on entre  
Et ne vois pas comme l'on sort (1).

La primera vez que yo le ví, fue en Massaúa, dos meses antes del viaje que refiero. Por lo que había leído de él en Didier, Munzinger, Courval y otros, tenía grandes deseos de ver á este San Francisco Javier de cabellos blancos: fuí, pues, á verlo y grande fue mi extrañeza cuando encontré á un joven grueso, de cara redonda, de ojos grandes y espresivos y fisonomía franca, pelo largo á modo de aquellos pilluelos de cabellera á lo Meroveo que encontraba todos los días en París hácia la calle de Bonaparte. Un *barí* ó gran pipa *boga*, que no dejaba nunca y que parecía un rasgo más de su fisonomía, completaba la originalidad de su persona. Su franco y abierto carácter me cautivó desde luego, y su conversacion altamente instructiva fue para mí un recurso intelectual de mucha estima. Perdóneme por esta afirmación Mr. Didier, quien en sus *Cincuenta días en el desierto*, lo ha tratado muy injustamente sin haberlo visto y solo por ligeros informes. Mr. Stella es un hombre instruido; tiene todos los gustos clásicos de un cura italiano y es apasionado por Horacio. En su biblioteca tenía excelentes ediciones alemanas de todos los poetas latinos. He sabido vagamente y con pesar que este valiente misionero, como su émulo don Angelo Vinco en el Rio Blanco, ha tenido que luchar contra la chismografía de los maldicientes; pero esta es una razón más para que yo consigne aquí un solemne testimonio, asegurando que, entre todos los misioneros militantes que he visto en tierra de Africa, nadie como el padre Stella ha prestado servicios más positivos á la civilización, al cristianismo y á la influencia francesa, que es en Oriente solidaria de todos los progresos.

## XII.

Recientes desgracias de los bogos.—Invasión de 1854.—Intervención y reparaciones.—El buey Apis y su calebur.—17,000 francos de indemnización.—Canto bogo.—Incidentes.—Un dolman.—Una serpiente.—Historia de un cónsul y de un leopardo.—Mis abisinias no quieren ser robadas.—Rapto de niños.

Los sennaheit, por su posición topográfica, debían tentar la codicia de los beyes egipcios de la frontera, y principalmente del de Taka. En 1850, uno de estos beyes, hombre por otra parte capaz y enérgico, pero conocido por su odio fanático para con todos los cristianos, Elías-Bey, invadió de improviso el país

(1) Perdóneme S. M.,—y muchas gracias por el pasaporte.—Yo creo que será muy bueno; pero en semejante antro, veo cómo se entra, no cómo se sale.

de los bogos. Advertidos éstos, tuvieron tiempo para salvarse huyendo con sus ganados allende Ainsaha. Elías avanzó hasta Uasentet, pueblecillo de la tribu de Bedjuk, á 4 leguas de Keren, donde no encontró más que algunas viejas, á quienes hizo impía y cobardemente degollar. Quería atacar también á los mensas, cuyos primeros campamentos estaban á cuatro ó cinco horas de allí; pero un guía, que acaso quiso saltar á aquellas montañas, persuadió al bey (que sin duda sabía tanta geografía como sus compañeros) de que los mensas estaban lo menos á ocho jornadas de allí, y Elías tornó á Khasala.

En 1854 tuvo lugar la segunda invasión que ha dejado entre los bogos tan tristes recuerdos. En plena paz, un turco salvaje, que mandaba en Khasala. Khosrew-Bey, incorporó á sus regulares todos los bandidos del Barka y del Gach y vino á derramar esta asoladora plaga sobre el Sennaheit. Los bogos tuvieron cincuenta hombres muertos, Mogareh fue quemada, fueron aprehendidos trescientos ochenta cautivos, mujeres y niños en su mayor parte, y robadas unas sesenta moktas (tres mil cabezas de ganado de cuerno). Mr. Stella estaba á la sazón ausente: el día siguiente llegó á Keren, recogió precipitadamente informes de los montañeses fugitivos, corrió á Khasala y reclamó enérgicamente reparación á Khosrew. Este rehusó groseramente reconocer en el sacerdote lazarista ningún carácter oficial: además le declaró que todos los cristianos del Sennaheit eran rebeldes, que el Egipto tenía derecho y firme resolución de someter. Mr. Stella se dirigió entonces á los cónsules de Francia é Inglaterra. Este último era Mr. Plowden, hombre de energía é inteligencia política notables, que vió en esto una excelente ocasión de levantar á los ojos de los cristianos y musulmanes del Este de Africa el prestigio de Inglaterra. El mismo fué á Khasala, habló enérgicamente, pero no consiguió nada. Entonces fué á Alejandría portador de una manifestación de los bogos á la reina de Inglaterra, halló fuerte apoyo cerca del cónsul general de Francia, Mr. Sabatier, y obtuvo en fin completa justicia. Khosrew fue destituido; se espidió orden de poner en libertad á todos los cautivos, pero unos diez de ellos habían sido ya enviados á Djedda, el gran depósito de la trata en el mar Rojo, y ciudad famosa por dos cosas que puedo asegurar por experiencia personal: el fanatismo y la inmoralidad.

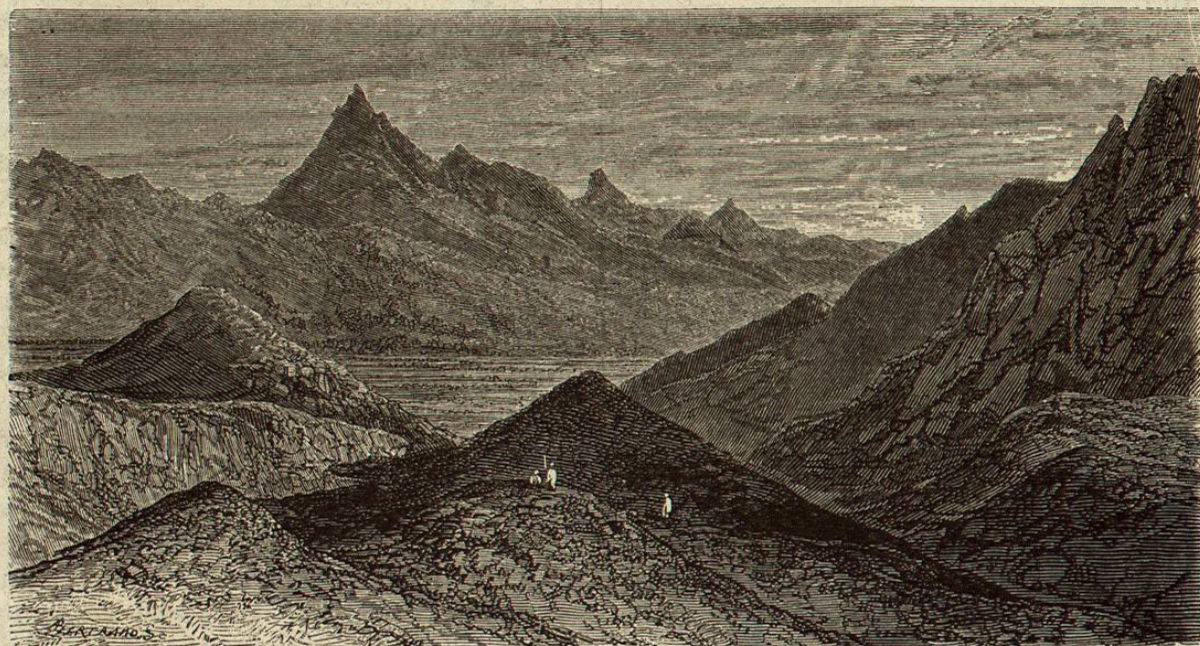
Entonces comenzó una caza que hace diez años es la vergüenza y desesperación de los buenos propietarios de Khasala. Mr. Stella viene aquí todos los años, escucha, espía y á cada visita descubre, reclama y obtiene algún cautivo oculto que el divan no osa retener. Sobre esto han ocurrido escenas graciosas. Mallen Todros, el bribon ya nombrado á quien monsieur Stella llamaba chistosamente el *Buey Apis*,



aludiendo á sus ojos reventones, habia escondido dos jovencillas en su harem: su vecino Kotzika, yerno del Mallen Ghirghis, tuvo el buen gusto de denunciarlo. Las muchachas fueron rescatadas y Todros no halló en su despecho otra venganza mejor que romper las celosías de Ghirghis. *Inde ira*, y entre estos dos graves personajes surgió una serie de querellas y procesos que el mismo Stella consiguió arreglar al fin.

Cuando yo pasé por Khasala reclamé tambien cinco cautivos que aun quedaban: el divan no me per-

mitió sacar mas que dos, oponiendo dificultades absurdas para retener los otros tres, que yo juré liberar aunque me costase litigar diez años y fatigar tres gobiernos con mis reclamaciones. Una tarde fuí acompañado de Mr. Stella á ver á Todros, á quien encontramos completamente ébrio, y que nos invitó con mucha cortesía á imitarlo. Despues volviéndose á Stella: Despojais el pais, le dijo, cada vez que pasais por aquí.—Dirigios al cónsul, contestó modestamente Stella: yo no soy mas que un pobre misionero.—Dejadme en paz y no me hableis de vuestro cón-



Llanura de Mogareh y monte Lalamba.

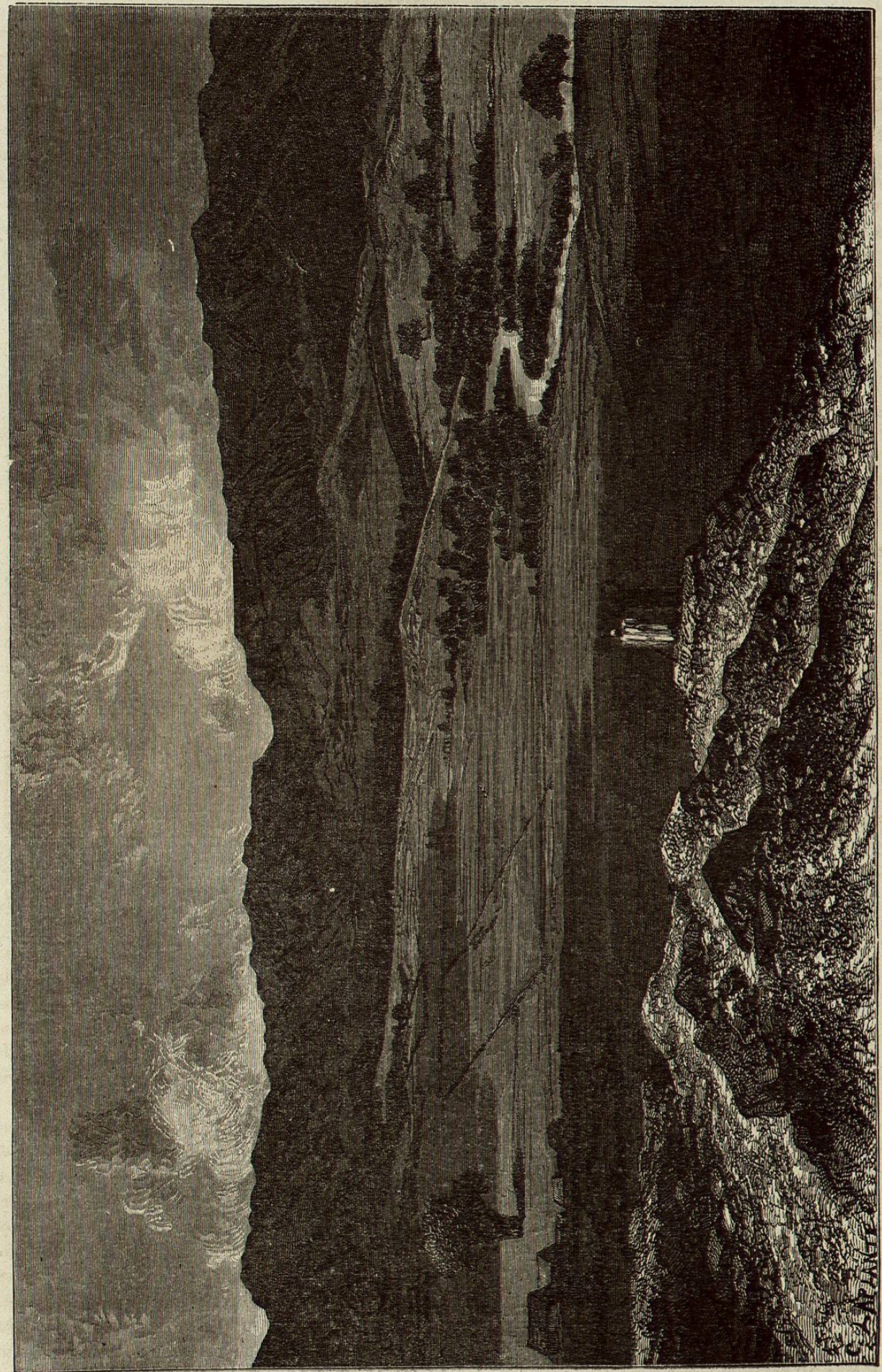
sul, repuso el ébrio; el cónsul es un buen hombre y no nos molestaria sino fuera por complaceros.

Todros, entre paréntesis, era hombre de agudeza y jugaba perfectamente el calembur árabe: en un viaje reciente á la Abisinia habia presentado unas cuentas galanas á Teodoro II, quien no tomando estas cosas tan *filosóficamente* como el gobierno egipcio, hubo de castigar al estafador. Todros me hablaba en Khasala de su coronado homónimo y solía decir de él: *Much nego, negis*; frase que puede significar tambien: El nego es un canalla.

Vuelvo al negocio de las restituciones. Los cónsules generales de Francia MM. Sabatier y Beauval, despues de haber dejado dormir algun tiempo la cuestion, reclamaron y obtuvieron del gobierno egipcio una indemnizacion de 17,000 francos, que representaban poco mas ó menos la tercera parte del ganado aprehendido. Yo fuí encargado por autoridad supe-

rior de vigilar la reparticion de esta suma y al efecto hice comparecer á los principales chumagliés de Keren, de Ona, Tantarwa, Djufa y Deghi que habian sufrido mas ó menos. La reparticion fue hecha por listas individuales á razon de 6 francos 50 céntimos por cada vaca perdida: la publicidad que se dió á la operacion hacia imposibles los fraudes.

Con esta ocasion se celebraron alegres fiestas cantando sencillas loas en honor mio. Siento no haber conservado su traduccion; recuerdo sí que me comparaba aquella pobre gente á una lluvia sobre la tierra seca. Y á propósito de poesia, los bogos, como todos los pueblos bárbaros, son muy dados á la improvisacion que facilitan la dulzura y flexibilidad de su lengua. No son conocidos, como espécimen de su estro poético, mas que breves estrivillos que se cantan en los funerales, y que mas bien que cantos son interjecciones arrancadas á un corazon herido de ma-



Llanura de Keren.